estos rayos, este deslumbramiento, estos calores, son el mar de Dios, en el cual nado y por el que soy deliciosamente llevado al través del espacio, ligero y transparente como el aire, hasta no sé dónde... Me disgusta siempre, cuando abro los ojos y no veo sino el sol. Creo que esto era él y tengo deseos de llorar por haber perdido su sentimiento. Pero voy á hacer reir á usted, señor. ¿Qué quiere usted? Somos todos niños cuando buscamos á nuestro padre. Ocúltase demasiado alto para nuestras manos y para nuestra vista. Todos balbuceamos llamándole y buscándole, y nunca abrazamos sino su fantasma. No importa, continuó, dirigiendo una mirada hacia el verde montículo en el cual estaba yo sentado; engañarse aun es amar, ¿no es verdad?

Yo. — Sí, Claudio. Nosotros no podemos alcanzar sino hasta donde llegan nuestras manos; no podemos comprender sino en la medida de nuestra inteligencia. Dios quiere que usted y yo no conozcamos la distancia, que nada puede medir, que hay entre él y nosotros. Cada vez que tratamos de llenar esta distancia con nuestros sueños ó con nuestras imágenes, la llenamos con nuestras tonterías, con nuestras audacias ó con nuestros ídolos. Debe bastarnos sentirle, esperarle y amarle. En cuanto á comprenderle, el sol

mismo, si el sol es la inteligencia del cielo, se extinguiría.

Él. — Bien dicho, señor, el sol se extinguiría en él. ¿Qué sería de nosotros? Contentémonos con hacer su voluntad durante los breves instantes que vivimos en la tierra.

Yo. — ¿Pero, cómo, Claudio, tiene usted la seguridad de que hace la voluntad de Dios?

Él. — ¡Ah! señor, eso es diferente; no sé nada pero estoy seguro de ello.

Yo. — Pero repito, ¿cómo está usted seguro?

Él. — ¿Cómo, señor? Porque tengo aquí, en el pecho y no en la cabeza..... la cabeza tiene vértigos, la cabeza *canta,* como decimos nosotros, pero el corazón no se vuelve jamás y la conciencia no canta, no se retracta..... Porque tengo aquí (y se daba en su pecho) un corazón y una conciencia que tienen dos voces sordas pero claras, que me dicen : « Éste es el bien, éste es el mal, esto es lo justo, esto es lo injusto, esto es lo bueno, esto es lo malo; » ¡y lo que es bien, lo que es bueno, lo que es justo, es la voluntad de Dios!

Yo. — ¿Y qué sabe usted? una vez más.

Él. — Se lo repito, señor, no necesito saberlo, puesto que lo siento. Cuando me hiero con mi martillo y mi carne se abre y echa sangre, no necesito

probarme que me he hecho mal, ¿no es verdad? Lo siento; pues bien, de la misma manera, cuando hago daño á mi alma, no siguiendo la voluntad de Dios, no necesito saberlo, lo siento tan fuerte, y mi alma grita y sangra en mí, como mi carne bajo mi martillo. Lo que se siente, señor, es mucho más seguro que lo que se sabe. El hombre es el que se hace sus razonamientos; pero Dios es el que nos hace los sentimientos. Un sentimiento, señor, es un razonamiento ya hecho. Un caballero como usted me lo dijo bien claro un día. « El hombre piensa, me dijo, pero la naturaleza siente. Desconfía de tus pensamientos, pero cree firmemente en tus sentimientos; pues la naturaleza sabe más que tú y que yo. Ha oído á Dios antes que nosotros y más de cerca que nosotros. »

Yo. — Tenía razón ese caballero; ¿le cuesta á usted trabajo, Claudio, cumplir tanto como puede con la voluntad de Dios?

Él. — Al contrario, señor, es el paraíso sobre la tierra para mí.

Yo. — ¿Y en qué consiste para usted esta voluntad?

Él. — En amar todo lo que ha hecho, señor, á fin de amarle en sus obras y en servir á todos para servirle también en todo el mundo.

Yo. — Pero amarlo todo y servir à todos á fin de

amar y servir al autor de todo, es algunas veces muy difícil; porque al fin hay muchas personas y cosas á quienes es difícil amar y se encuentra uno más inclinado á servirse á sí mismo que á servir á los demás.

Él. — Muchas veces me han dicho eso allá abajo en los pueblos y en las aldeas; debe ser verdad y no es por vanagloriarme, pero esté usted seguro que no lo he comprendido jamás.

Yo. — ¿Cómo, Claudio, nunca le ha sido á usted penoso amar á todo el mundo y sacrificarse como otro Cristo por todo el mundo? ¿Es usted pues, un abismo de abnegación?

Él. — ¡Yo, señor! ¡Ah! No soy más que el último de los últimos entre todos. Lo conozco perfectamente y me oculto lo que puedo aquí, con mis pobres animales para no dar vergüenza por mi pobreza de espíritu á mis semejantes en el país, pero en cuanto á costarme trabajo el amar, mentiría si lo dijese. Parece que Dios que me ha rehusado el talento y tantas otras cosas, añadió con un suspiro mal comprimido, me ha hecho la gracia de darme por este lado lo que me ha quitado por los otros. Pero jamás he sentido contra mi prójimo de todas especies ningún odio.

Yo. — ¿Qué entiende usted por su prójimo de todas especies?

ÉL. — Yo me entiendo, señor; quiero decir los hombres, las cosas, los animales y hasta los árboles y las plantas; todo lo que es nuestro pariente de cuerpo ó de alma; en fin, señor, aquí abajo, todo lo que está inmediato á nosotros, todo lo que habita ó todo lo que compone este mundo en que Dios nos ha puesto, como yo he puesto estos animales en este cercado para que vivan en paz y en amistad á mi alrededor.

YO. — ¿Ama usted todo esto?

ÉL. — ¡Ah! Amaría otras muchas cosas si conociese más. No sé como Dios me ha hecho el corazón, señor, pero siempre está lleno, y sin embargo, siempre está vacío.

YO. — Quiere usted decir que es infinito.

ÉL. — Tal vez, señor, esto quiera decir lo que usted llama así; sea lo que quiera, nada lo ha podido llenar. Aunque Dios arrojara más mundos para hacérmelos amar, creo que aun tendría sitio para contenerlos y para amar á los demás. ¡Ah! De todas las gracias que Dios ha hecho, sobre todo á nosotros los pobres que estamos solos, la mayor es esta inclinación á amarlo todo. Es como una fuente caliente que corre siempre del corazón, y que después de haber regado aquí va á regar más allá, y que no deja nunca de correr. Esta es la cualidad de Dios, que las buenas

almas llaman misericordia, señor. Misericordia para los afligidos, para los culpables, para los pobres, para los ricos, para los viejos, para las viudas, para los niños, para los hombres, para los animales, para las plantas, para la tierra misma y para las estrellas del cielo, si estos elementos tienen una sensibilidad sorda ó inteligente, y si todo esto siente, se queja y sufre á su manera como nosotros. ¡Ah! señor, yo creo de corazón que en esto es en lo que Dios manda é inspira más á los hombres. Porque sin esta misericordia de unos por otros; ¿qué vendría á ser de todos en una tierra tan llena de aflicciones.

YO. — Dios me libre de contradecir á usted, Claudio, usted ve que en todas las religiones, las más santas y divinas víctimas son las que han sentido más esta misericordia, que no es otra cosa que la ternura, el amor á nuestros semejantes, y que hasta se han sacrificado para rescatar una verdad ó una virtud al género humano. Lo más generoso que hay en el corazón del hombre, es la piedad, Claudio. Llorar por los sufrimientos de otros, es sufrir por males que podríamos dejar de mirar. Después de su sangre, lo que el hombre puede dar de más es una lágrima. ¿No es ésta una gota de su propio corazón, que derrama sobre el corazón de otro

para curarle? La misericordia de que usted habla, es la más hermosa forma del amor : pues hay un amor que nos busca para vivir con uno el amor de los sentidos; pero hay un amor que nos persigue para sufrir con nosotros y para participar de nuestras penas : hermosa inclinación la de este amor, pero hace padecer mucho á los que han sido dotados con ella.

ÉL. — Verdad es, señor, pero también hace gozar. En cuanto á mí, esta amistad que siempre he sentido por los que sufren, me ha hecho acostar muchas veces tarde y levantarme antes del día. Yo me digo : tú estás tranquilo y abrigado en tu casa con tu perro y tus cabras. Tienes pan en la tabla y hierba en la montaña ó en el pesebre con que puedan pacer tus animales : tu techo, aunque sea de retamas, está bien preparado contra la lluvia y la nieve. Tú no tienes cuidados por tu mujer ó hijos; pero hay un individuo cuyas tejas se han aplastado bajo su techo hundido, y su cama y la cuna de sus hijos están expuestas á todos los vientos. Hay una pobre viuda cuya casa se ha quemado la semana pasada y que no tiene más que una pieza de cobre para pagar al cantero, al albañil y al techador para hacerse un abrigo; hay un viejecito que ya no tiene á su hijo para cavarle su trozo de tierra; hay tres

huérfanos que no tienen padre ni madre que les siegue su centeno ó que les recoja sus castañas; aquí la chimenea de uno que está caída; allí la puerta, más allá el canalón, allí la escalera, allá la ventana de ésta ó de aquélla que se ha desplomado y que les obliga á acudir en vano al picapedrero, por no tener dinero hasta el año próximo para pagar sus jornales. ¿Qué van á hacer en el invierno que adelanta? ¿Quién acudirá en su socorro por amor de Dios? Vamos, á mí me corresponde. Démonos un poco de trabajo para ayudarles. Sacaré la piedra para éste, labraré una jamba para aquél, recompondré los escalones al otro, reemplazaré las vigas y las tejas del de más allá, cavaré la viña de este vecino enfermo, cortaré la cebada de esta viejecita ciega, cederé la cabra á esa pobre nodriza cuya vaca se cayó en el barrancoo y que no tiene leche para criar á sus hijos. Lo poco que yo puedo hacer por ellos les aliviará el corazón; tendrán menos penas en su casa, dormirán esta noche, comerán esta tarde y se acostarán bajo techo antes del invierno. »

Y voy señor, y sólo el verme trabajar sin decirles nada, les consuela y les alegra, vienen á verme trabajar y se sientan al lado de la cantera. Los niños juegan con mi herramienta ó con mi

perro cuando ha venido conmigo. Piensan : « la Providencia no nos ha abandonado : Claudio ha sabido nuestras desgracias; el pobre muchacho no puede gran cosa, pero hace lo que puede hacer. » Esto les alegra el corazón al ver que un vecino toma parte en su desgracia. Y á mí, señor, la idea de que les alivio, hace que el martillo sea más ligero en mi mano; y por la tarde cuando llego aquí, ya de noche, me digo : « Claudio, ¿que has ganado hoy? » y me respondo : « He ganado un buen jornal, porque las pobres gentes me lo pagan en amistad, mi corazón me lo paga en satisfacción, y Dios me lo pagará en misericordia. » ¿No es verdad, señor, que vale esto más que una moneda, que á ellos les costaría trabajo darme y á mí de recibirla? « Habrá, me digo al dormirme, una pena menos esta noche en los caseríos. »

Yo.— ¿Y eso hace á usted feliz sintiendo haber cumplido con lo que nos mando Aquel que nos dice que nos ayudemos mutuamente?

ÉL. — ¡Ah, señor! no he merecido nada por esto, puesto que es un placer que me he hecho á mí mismo. Ya se lo he dicho á usted, no puedo ver sufrir á quien quiera que sea sin que se me oprima el corazón y sin sentir deseos de hacer la felicidad de todo el que está á mi alrededor.

Me parece que todos los hombres son uno solo, señor, y que son por consiguiente un pedazo de mi propia carne, como yo soy un pedazo de la suya. Creo que á esto es á lo que se llama amor, ¿no es verdad?

Yo. — Sí, precisamente y en la acepción más pura y divina de la palabra.

ÉL. — ¡Oh! si esto es así, señor, no sé si he de envanecerme ó humillarme, pero lo siento por dos.

Yo. — Y por ciento, mi pobre Claudio. Debía usted dar un poco á los que tienen frío en el corazón.

ÉL. — Pero puede ser también que tenga demasiado y que no sea bueno amar tanto lo que amo casi tanto como á mi prójimo.

Yo. — ¿Y qué es lo que ama usted tanto después de Dios y los hombres, que nosotros no sabríamos amar bastante?

ÉL. — Nunca me atreveré á decírselo á usted, y sin embargo es así.

Yo. Así es. Amar demasiado, raras veces es un mal ante Dios. No hay vaso bastante lleno cuando no rebosan algunas gotas.

ÉL. — Pues bien, señor, sí; cuando he amado y he servido, según mis fuerzas, á Dios y á los hombres, ¿me atreveré á confesárselo á usted?

siento una ternura incomprensible, pero una ternura que no puedo vencer, por todo el resto de la creación, sobre todo, por todas esas criaturas animadas de otra especie que viven á nuestro lado en la tierra, que ven el mismo sol, que respiran el mismo aire, que beben la misma agua y que están formadas de la misma carne aunque bajo otras formas, y que parecen verdaderamente miembros menos perfectos, menos bien dotados por nuestro padre común, pero al fin miembros de la gran familia de Dios. Refíerome á esos animales, esos perros fieles y tan buenos servidores que no dejarían jamás al amo indigente que sirven, ni aun por comodidades mil veces superiores; á estas cabras, á estos cabritos, á estas ovejas que todas las noches suben hasta la cresta de esta roca para verme venir desde más lejos á la choza, que me llaman como si comprendieran que sus balidos apresuraran mis pasos, y que se lanzan para acariciarme tan pronto como he atravesado los campos cultivados y que entro en los chaparrales donde les permito pacer y saltar con libertad; á estos pájaros que me han visto cuando eran tan pequeños, sin pluma, respetar sus nidos y desmigajar mi pan para que las madres lo subieran al alcance de su pico; á estas abejas á las que dejo su alimento de invierno y á

las que no quito sino algún poco de miel para los enfermos; á estos lagartos á los que el ruido de la piedra sonando á los golpes del martillo como una campana atrae al sol todo el día á mí alrededor y que no aplasto nunca con mis pies; en fin, á todos los más pequeños insectos habitantes de las hojas, de las piedras ó de las hierbas, á los que nunca hago mal porque veo en ellos la obra de Dios que no nos es permitido romper en vano.

Esto le hace á usted reir, señor, ¡pero si viera usted cuando estamos solos cómo nos hablamos y cómo nos comprendemos con la voz y la mirada! ¡Cómo esas cabras echadas á mis pies cruzan sus miradas profundas y pensativas con las mías! ¡Cómo este perro es á la vez cariñoso y severo para ellas, vigilándolas durante mi ausencia y gruñéndolas sin hacerlas daño para evitar que traspasen la pared del recinto! ¡Cómo estas abejas me acarician el rostro y las manos con sus patas de terciopelo, sin picarme jamás cuando toco á sus enjambres ó cuando los domingos me acuesto en la hierba de su mesa así como estamos ahora! ¡Cómo estos conejos siguen por la tarde al perro que les lleva á la choza! ¡Cómo estas lagartijas se mueven contentas hasta en mis brazos y mi cuello y levantan sus cabecitas hacia

mis ojos, para ver si me enfado cuando se comen mi pan! ¡Si oyera usted nuestra conversación por la noche en la choza, cuando el perro, los cabritos y los corderos juegan amigablemente entre sí y conmigo para divertirnos juntos! ¡Si viera usted sus cabezas confiadas apoyadas unas al lado de otras en mis rodillas, y esos ojos que expresan tantas cosas, no dichas, pero comprendidas por los míos! ¡Ah! yo le aseguro, señor, que no podría usted hacer otra cosa sino amar también á estos pobres animales : porque el amor hace el amor, señor, venga de muy arriba ó de muy abajo. ¿No permite Dios que le amemos, señor? ¿Acaso están más lejos mis cabras de mí que yo de Dios?

Y luego aun cuando se me dijera que es necio amar á los animales de Dios y hacerles dichosos en su pobre condición, esta inclinación mía puede más que yo; no podría evitarla. El corazón es como el agua, corre por donde quiere.

Pero no es ésta mi únicasi mplicidad; tengo otras muchas. ¿Creerá usted que, no contento con sentir esta ternura y esta compasión por los animales que se mueven, que sienten, y que tienen alma á su modo, la siento lo mismo por esos árboles, por esas plantas, por esos musgos que no se mueven, que no parecen pensar, pero

que viven y mueren ahí á mi alrededor en la tierra, y principalmente por los que he conocido como esos helechos, como esos brezos, que están al lado de esas rocas en este recinto desde que yo era pequeño, y sobre todo ahora, añadió más tiernamente, ¡por esos tréboles de flores de rosa y hojas llenas de rocío de la mañana, como si hubieran llorado con nosotros durante la noche, que nacen sobre la tierra de los que ya no existen!

(Conmovióse profundamente al pronunciar las últimas palabras. Yo aparenté no percibirme, y continuó con tono rústico pero de verdadera inspiración).

Sí, señor, no hay una sola de esas estrellas de allá arriba del cielo que principian á levantarse en la entrada de la noche por encima de las rocas; ni una de esas cimas de montaña, ni uno de esos picos que relucen al sol poniente; ni uno de esos lechos de torrentes ocultos en un derrumbadero de estas gargantas con su agua que duerme ó que borbota en el oscuro fondo; ni un terrón de tierra de estos vueltos y revueltos por mi azadón al sol, desde mi niñez, por los cuales yo no sienta en mi corazón un cariño que frecuentemente llega hasta hacerme llorar cuando los miro al subir á las Huttes. « ¿Es esto estraño? me pregunto algunas veces: » ¿acaso no tene-

mos un verdadero parentesco de cuerpo con esta tierra de donde salimos y á donde volvemos, que nos lleva, que nos sostiene, que nos alimenta como una nodriza con sus pechos? ¿Nuestra carne no es de su carne? ¿Nuestra sangre no es el agua de sus venas? ¿No hay entre ella y nosotros un verdadero parentesco de cuerpo, que hace que cuando tomamos en la mano un puñado de arena ó un terrón de tierra de las colinas en que hemos vivido, podamos decir á ese grano de arena: « Tú eres mi hermano »; y al terrón de tierra: « Tú eres mi madre ó mi hermana ». ¿Y esta tierra no parece que nos responde y que nos ama diciéndonos: « Sí te reconozco, eres mío; cada uno de tus miembros y de tus huesos yo te lo he dado; estoy contenta de ti como una madre de sus hijos, como estoy contenta de esta haya, de este abeto ó de este castaño que vienen á admirar en mis pendientes; seríais ingratos si no me amaseis, si mi recuerdo y mi imagen no os persiguiesen, cuando estáis lejos de mí en otras tierras y si no recordaseis por la noche, en vuestros sueños la colina que os ha criado? » ¿No es verdad, señor? ¿No es esto algo de eso que se llama en la lengua de las ciudades patriotismo? ¿No es por esto por lo que los hombres van en peregrinación á países muy apartados para visitar

la tierra donde han vivido antiguamente otros hombres más grandes que ellos, de nombre más famoso ó más santo que los demás, y para besar el polvo de sus pasos en el suelo de las montañas en que han vivido? Dispénseme usted, señor, yo hablo como un ignorante; pero usted me pregunta lo que pienso y debo decírselo.

Pues bien, hay momentos, los domingos, cuando acostado al sol sobre esta tierra que siente y que parece contestar á los latidos de mi corazón, agarrando con mis manos puñados de hierba, con el rostro envuelto en las malvas y en los tréboles de este pequeño cercado, al zumbido de esos millares de insectos que suenan en mi oído, al hálito de esta multitud de florecitas de la primavera invisibles en los musgos, siento escalofríos de vida y de muerte en todo mi cuerpo, como si Dios me hubiese realmente tocado al fin con uno de esos rayos de su sol; como si mi padre, mi madre, mis hermanas y todos los que he amado se reanimasen y palpitasen bajo la hierba en esta tierra, para reconocerme y para atraerme á su seno. ¡Oh! ¡quién no amaría señor, una tierra en que se ha depositado un tesoro y que se guarda para la resurrección!

(Una gruesa lágrima rodó sin que la sintiese por su mejilla. Vi que tenía un amor en este

amor; algún culto particular y esperanza en este culto universal y piadoso de la creación.)

Yo. — Pero siendo tan sensible como lo es usted, Claudio, ¿no le entristece esta soledad sin mujer, sin hijos, sin vecinos en estas alturas, á las que el viento solamente sube con usted?

Él. — No, señor, por el contrario: estoy triste cuando estoy abajo; y me pongo alegre y contento en cuanto subo. Los hombres hacen demasiado ruido para mi débil espíritu, que no se halla bien sino en el silencio; ese ruido me aleja de Dios; me parece que no estoy en su compañía cuando estoy en las aldeas. Creo verdaderamente que Dios quiere más las montañas.

Yo. — No obstante, también ha hecho los valles y las planicies.

Él. — Es verdad; pero las montañas están más cerca del cielo.

Yo. — Pero ¿no hay otra razón, Claudio, que la que me da usted para obligarle á vivir aquí solo con sus cabras y sus corderos, y para hacerle andar todos los días dos leguas para bajar y dos leguas para subir á su antigua cabaña?

Él. — (Levantándose y mirando á las verdes tumbas). Es verdad, señor; pero de eso no hablemos: le entristecería á usted y á mí también. Vea usted que el sol ya se ha ocultado detrás de

la montaña; que sus bosques ennegrecen. Sólo le queda á usted el tiempo de volver á bajar antes de que la noche haya oscurecido el valle.

Yo. — Lo había olvidado hablando con usted, Claudio; cuando se descubre una buena fuente á la sombra, marchando por estas soledades, pierde uno la noción del tiempo. Esto me ha pasado hoy. Yo perdono á usted por haber dejado mi obra; perdóneme usted á su vez, por haber interrumpido su descanso del domingo. Aun volveré si no le molesto á hablar con usted de vez en cuando de Dios; y hasta á rezar con usted en su lengua, Claudio, pues yo estoy muy lejos de vivir en conversación perpetua con él, como usted; muy lejos también de guardarle en mi alma un santuario tan puro y tan vacío de vanidades humanas, como el que se ha preparado en la soledad y en el reposo de usted. Mi alma corre con el oleaje de una vida agitada y ruidosa; todo lo que corre hace espuma; pero bajo esta espuma de la superficie de mi vida, he guardado, sin embargo, como esos pedazos de roca en el fondo de vuestro torrente, algunas gotas claras de las aguas de mi alma, en las que deseo reflejar un rincón del cielo en que contemplar, como usted, esas sombras flotantes de Dios. No le sirvo yo, como usted, con todas mis fuerzas; le amo sin embargo y le ruego con